

le inyectó humanidad, frescura, espontaneidad y gracia. Lo que no es poco. Hay en González Labbé todas las condiciones de un escritor. Y ellas hacen esperar que con más experiencia en el difícil arte de escribir, se afirmarán y ampliarán sus condiciones de artista. Porque no es tan fácil transitar por caminos que se hacen por primera vez, sin encontrar algunos tropiezos o dificultades. Ojalá que así sea para bien de nuestras letras.

Reinoso, el Huaso Román, la señorita Mercedes, el Ñato Poblete y el Picadillo, seguramente nos dirán más de sus vidas en otros libros que aguardan el impulso creador de este joven artista. Entonces lo veremos menos tímido para expresarnos la inquietud de su fina sensibilidad y de su amor por las cosas del terruño.

EL TIGRE,

<https://doi.org/10.29393/At202-10ETDI10010>

La literatura de los países americanos, sigue siendo poco conocida entre los países del continente. Se publica un libro y se queda en el rincón donde vió la luz, sin traspasar la frontera geográfica, ni espiritual, de países ni amistades literarias. No sabemos cuál es la razón de esta falta de intercambio de las librerías. Con frecuencia estamos viendo el caso de que es necesario encargarse especialmente un libro de cuya aparición da cuenta un periódico o revista de cualquiera ciudad americana. Y de esta manera el vínculo espiritual queda restringido sólo a unos pocos que tienen verdadero amor por el arte y la curiosidad de conocer las costumbres, el carácter y la vida de los pueblos a los cuales nos une el idioma y la raza.

La editora Ercilla acaba de publicar «El Tigre», novela de ambiente nativista del escritor guatemalteco Flavio Herrera. Es una novela escrita en un estilo conciso, ágil y nervioso, que trata de dar la sensación del ambiente en trazos breves, evitando las descripciones largas en lo que se refiere al paisaje y a las circunstancias que rodean al hombre.

Se ve inmediatamente en Flavio Herrera, al escritor dueño de un estilo y de una manera de contar. Tiene color y gracia sabrosa. Así cuando describe a uno de sus personajes o un rincón de la tierra guatemalteca, con sus pájaros de fastuoso colorido, sus cañaverales y selvas opulentas. Veamos cómo describe la casa de Luis, un muchacho que recién se ha recibido de médico, y va a descansar al hogar paterno:

«La casa de la finca en un gajo de colina. Donde las vegas se empalman con el monte. A oriente, el cono puro del volcán. A occidente la llanada de esmeralda pálida. Caserón de estilo colonial. Piedra y cal. Techo de barro ya tiznado por el sucio cedazo de los años. Corredor espaciado hacia los cuatro horizontes. Contra los muros, jaulones de pájaros y ardillas que esponjan su gracia eléctrica mordiendo trocitos de banana. Del arte-són cuelga el papel de china en flecos de colores. En los pilares, adornos de palmas y verdascas de bambú».

Después nos enfrenta con los personajes empleando la misma técnica. Frases que recuerdan aquellos firmes dibujos de líneas claras y firmes que encierran una imagen de contornos acusados que no se olvidan.

«Luis alzó la cabeza viendo pasar por la puerta una sombra de golondrina. Era—en frente—Margarita. Erguida. Esbelta. Sonriente. Fina la cintura. Tallo de canela brotado en el milagro de los trópicos. La crencha arrollada a la cabeza. Una amapola en las mejillas y una mora en la sonrisa tras la que brillaban los dientes como trocitos de coco».

Felices comparaciones e imágenes a base exclusiva de elementos de la tierra, lo que le da esa seguridad autóctona que precisa el relato criollo. Una jubilosa armonía de cromo resplandece en la mayoría de los cuadros que pinta Herrera en su novela. Se percibe en ella el clima denso del trópico. Sed violenta de gozos y de pasiones. Estallido de vidas que sienten la necesidad de satisfacer con urgencia sus anhelos e ideales. No importa que sean existencias breves como ráfagas ardientes.

Pero desean darse plenamente. Como las frutas que entregan miel y perfume. Como los pájaros, sinfonía de color y música. Es una forma de vivir. El clima es el amo allí. Y de todo este conjunto, de toda esta expresión de vida, el artista saca los zúmos vitales de una literatura autóctona de buena ley. Y nos hace conocer a su tierra y a su gente. Tenemos que agradecerse.

LA EPOPEYA DE MOÑI.

SANDÍAS RIBEREÑAS.

En la literatura de Mariano Latorre se distinguen dos aspectos bien marcados de sus cualidades de novelista. Por un lado encontramos al artista poseído por una especie de sensualidad pictórica que trata de dar al lector una sensación objetiva, densa de matices y observaciones cogidas directamente de la realidad. Y en el otro aspecto, al artista que idealiza los elementos con que trabaja, mezclando la realidad con el ensueño y proyectarla con vigoroso impulso hacia lo épico. De esta manera sus personajes se agrandan y cobran relieve que no desentonan con el escenario. La aventura peligrosa, la superstición, el misterio y la fatalidad entran en estos relatos. Son como las alas de la fantasía que se ciernen sobre la realidad, para darles prestigio y calidad artística. Es entonces un poeta fascinado por el embrujo de la naturaleza que adquiere dentro de su sensibilidad una especie de vida humana que sufre, que goza, que palpita estremecida por todas las emociones. Y así, todo aquello que otros escritores ubican en el alma humana, Latorre lo ubica en el árbol, en el río, en la selva o en el monte donde refulgen las nieves. Pero el hombre, no se queda allí en medio de ese escenario como un ente, o una brizna sin transcendencia ni significado. Es también parte del paisaje de Latorre. Entra en la descripción proyectado con ese impulso épico que se advierte en «Pampanitos», «Cóndor Viejo», «La Epo-